

INQUIETUD Y BÚSQUEDA COMO CAMINO DE NOVEDAD

Desafíos de las Nuevas Generaciones de la Vida Consagrada en América Latina

P. Alberto
Luna Pastore, SJ*

* Vicepresidente de la CLAR. Es sacerdote jesuita paraguayo, ha sido formador de juniors, maestro de novicios, promotor vocacional y provincial. Actualmente es Rector de una comunidad interprovincial de teólogos en Santiago de Chile. Ha publicado 3 volúmenes de poesía, colabora en la traducción del Misal Romano al idioma guaraní, y es miembro de la Academia de la Lengua Guaraní del Paraguay.

Resumen:

El presente artículo tiene como referencia la síntesis de las novedades anotadas por los jóvenes consagrados durante el Congreso de las Nuevas Generaciones de América Latina y el Caribe, organizado por la CLAR y realizado en setiembre de 2017 en Lima. Recoge también los aportes de Maxo Deraxim (Haití) y Mario Pulido (Venezuela), miembros del Equipo Coordinador de Nuevas Generaciones de la CLAR. Se desarrolla en dos bloques: Las inquietudes, por un lado, y las búsquedas de las Nuevas Generaciones de religiosos, por otro lado, en camino hacia la novedad.

Este título está tomado de una de las notas del último Congreso de Nuevas Generaciones de la Vida Consagrada, organizado por la CLAR en Lima, Perú, en setiembre de 2017. La expresión “inquietud y búsqueda como camino de novedad” ha sido recogida en la síntesis del encuentro como una de las novedades que experimentan hoy los jóvenes consagrados. La inquietud expresa, por un lado, el sentimiento de inseguridad, desorientación y perplejidad que

viven los jóvenes religiosos en el contexto de una Vida Consagrada en crisis y en proceso de cambio. La búsqueda expresa, por otro lado, un dinamismo que les moviliza e impulsa a salir de lo conocido, hacia el descubrimiento de nuevos caminos, a explorar alternativas, como una respuesta cargada de esperanza que proyecta hacia el futuro y encara la crisis con confianza, como oportunidad de renovación.

La inquietud

Superficialidad. Es la percepción incómoda que encuentran en la vida y en la misión de nuestras comunidades religiosas. Puesto que, a la intensidad del trabajo apostólico o del esfuerzo organizativo, en algunos casos de multiplicidad celebrativa y, hasta de un fuerte compromiso social, no corresponde una hondura espiritual y de contenido más consistente de la experiencia de fe. Lo anterior, muchas veces, tampoco se hace visible ni se explicita en la relación con las personas a las que se sirve, o en la relación con los hermanos de comunidad, quienes son como el alma y la razón de tanto trabajo. Esto tiene relación con una especie de vaciamiento de la experiencia reli-

giosa, como una banalización de lo sagrado y una horizontalización del misterio, que al perder su lugar significativo se vuelve irrelevante y deja de ser anunciado y proclamado como buena noticia. La inquietud de los jóvenes es que otros dinamismos y motivaciones muevan nuestra acción pastoral, como si estuviéramos dentro de remolinos de polvo en el desierto, que no tienen un eje interior que los sostenga y se disipan sin dejar rastro de su paso.

Activismo. En el contexto de la falta de vocaciones y las salidas o renunciadas de otros, las comunidades religiosas, ansiosas del relevo, confían a las nuevas generaciones diversas tareas y responsabilidades muy necesarias, en pastoral vocacional, administración de obras, entre otras. Al mismo tiempo, los tienen en formación continua o profesional, lo que somete a los jóvenes a una sobrecarga de actividades y de exigencias múltiples que sobrepasan sus posibilidades, exponiéndolos a una situación de cansancio y estrés. La inquietud de sentirse en ocasiones como “piezas de repuesto”, apreciados por lo que hacen y por la función que cumplen en el cuerpo, más que por lo que son, en ocasiones hace

que, el amor y el entusiasmo por el ser consagradas/os se seque o se queme.

Apuntalar instituciones. No siempre es tan claro para las Nuevas Generaciones lo que se asume al interior de las congregaciones como innegociable, en el mantenimiento de algunas instituciones emblemáticas que se han mantenido por tantos años. Sobre todo, cuando son instituciones grandes y/o complejas que piden una dedicación completa multifuncional y absorben a la persona. En algunos casos la inquietud viene por la sensación de “tapar agujeros” y quemar etapas en el proceso de crecimiento y de maduración en el ministerio ordenado o en la Vida Religiosa. Sucede así que, se mete al joven religioso en circuitos de relaciones que lo alejan de sus círculos de alimentación espiritual y humana, de los encuentros de formación con sus pares de etapa en la congregación, o de la misma Conferencia de Religiosos.

La carga del pasado y el desafío de la interculturalidad. Las Nuevas Generaciones de religiosas/os se encuentran en sus comunidades con dos brechas significativas con las que probablemente no contaban al entrar.

Por un lado, la brecha generacional con los mayores de la propia congregación, un abismo que es bastante ancho cronológicamente y que se proyecta como una sombra en la cuestión de hacerse cargo del peso del pasado. Por otro lado, la brecha cultural que surge al encontrarse con compañeros de diverso origen nacional, lo que ocurre con frecuencia sobre todo en la formación cada vez más internacional o en los espacios de formación común intercongregacional.

Pérdida del sentido eclesial. Causa inquietud en los jóvenes el notar que las fuertes y crecientes demandas de los propios institutos tienden a cerrarles en un dinamismo de autorreferencia que les lleva a olvidar su pertenencia original a la comunidad eclesial más amplia y, en ocasiones, a bloquear el cultivo de vínculos de colaboración, enriquecimiento y servicio con otras instancias eclesiales y congregaciones.

Individualismo reforzado. Cuando la comunidad no ofrece la contención humana, inquieta a los jóvenes el peligro de que cada uno se busque sus espacios alternativos de satisfacción. Aquí, entre otros, aumenta el riesgo del recurso a las compensaciones in-

dividuales facilitadas hoy por la tecnología; desde las redes sociales y las series, hasta las relaciones virtuales y la pornografía.

La fragilidad personal. En una sociedad con referencias personales y valores cada vez más diluidos, los jóvenes perciben, a veces, con ansiedad sus propias debilidades y las carencias que arrastran de sus historias familiares, de los contextos de origen, de conflictos afectivos y de identidad sexual no resueltos, así como, de sus heridas en relación con la autoridad; sin encontrar muchas veces el espacio de confianza o las herramientas para crecer y superarse. Todo esto les ocurre con frecuencia en el contexto de una Iglesia y de congregaciones heridas por las acusaciones de abusos, por la pérdida de credibilidad y de prestigio social; lo que aumenta su desconcierto.

Relativización de los votos. La opción por una vida con orientación y sentido se encuentra muchas veces defraudada al percibir que, el aire relativista de la sociedad se respira también en las comunidades religiosas, en las que también se encuentran dobles discursos y dobles vidas. Inquieta que los votos de pobreza,

castidad y obediencia se relativicen y se ajusten a la medida, que se use un lenguaje que disfraza la incoherencia y que muchas veces se instauren entre los mismos jóvenes, complicidades, encubrimientos y omisiones inadmisibles. Esto hace que cuando salten los problemas al final muchos, si no todos, lo sepan, sin que nadie se hubiese animado a manifestarlos o enfrentarlos.

Una vida común más humana. Al terminar la formación e insertarse en la vida diaria de las comunidades apostólicas o ya formadas, es donde suele ocurrir un choque entre las expectativas formuladas en el tiempo de la formación y la realidad concreta de la vida, con sus luces y sus sombras. Lo que inquieta a las Nuevas Generaciones es el nivel de carencias humanas no resueltas, las propias y las de los otros, que afloran en las relaciones entre hermanas y hermanos, dificultando la vida fraterna, la fluidez de la colaboración, el apoyo mutuo en la misión y, en ocasiones, afectando seriamente el testimonio de caridad que estamos llamados a dar como consagradas/os. A veces, se acusa de una infantilización de los jóvenes consagrados en el trato con superiores y direc-

tores de obra, lo que no deja de ser asumido por ellos como una postura cómoda y poco exigente.

Complejidad de la realidad social. Las Nuevas Generaciones no encuentran fácil su posicionamiento dentro de la compleja, cambiante y contradictoria realidad social y eclesial. En tiempos de la muerte de las utopías colectivas de otra época, carentes de grandes relatos socio políticos y de proyectos pastorales renovadores, atentos a la fragmentación de una realidad volátil y con pocos referentes proféticos, los jóvenes son tentados a caer en la indiferencia y el cinismo o a prenderse a propuestas basadas en modelos teológicos, pastorales o litúrgicos rígidos, legalistas y/o regresivos. El cuidado de la casa común es un desafío que encuentra eco en sus corazones, por influencia de los movimientos globales, pero pocas veces esta inquietud tiene la visión de incluir el cuidado y el compromiso con los pobres, principales víctimas de la devastación ambiental.

La búsqueda

Hay en las Nuevas Generaciones una disposición de ponerse en camino, una necesidad de des-

cubrir la novedad a la que está llamada a encarnar hoy la Vida Consagrada como gracia para el mundo, desde dentro de la Iglesia. Esta búsqueda, para ser auténtica y fiel a su propia identidad carismática solo puede hacerse en sintonía con el Espíritu Santo, fuente de todo carisma, que sopla donde quiere. Su rumor lo debemos escuchar y seguir para encontrar los cauces por donde los nuevos estilos carismáticos, realmente significativos, comienzan a manifestarse.

En este punto es necesario tomar conciencia de que este camino de búsqueda de la novedad del Espíritu para la Vida Consagrada no es un sendero aislado transitado solo por las Nuevas Generaciones como peregrinos solitarios, sino que, se parece más a una procesión que involucra en su recorrido al Pueblo de Dios, a toda la comunidad eclesial, a toda la congregación como conjunto, a superiores y formadores, llamados todos a una renovación y a una conversión profunda de su estilo de vida y misión. Si esta búsqueda de renovación queda solamente en manos de los jóvenes, esperando que ellos “sean la novedad” y no involucra al conjunto del cuerpo en la escucha activa

del Espíritu, no habrá más que, esperar la agonía de quien se resiste a morir irremediabilmente.

El camino de novedad. Es muy clara la centralidad del seguimiento de Jesús y su actualización histórica como eje fundamental de la novedad en la Vida Consagrada. ¿Qué buscan? pregunta Jesús, hoy como ayer ¿Dónde vives? ¿Dónde estás? es la respuesta inquieta de las Nuevas Generaciones. Vengan y verán. No habrá renovación si no se quedan con el maestro el resto del día y lo siguen como discípulos atentos. Se trata de un seguimiento que es como una peregrinación, un camino compartido con otros en la escuela del maestro Jesús. Un camino, que tiene sus etapas, como el camino de Abraham, un camino en el que se reconoce la presencia de un Dios fiel y se celebra, en donde se marca estos pasos de Dios. No todo es igual. Es necesario recuperar la reverencia, el sobrecogimiento ante el misterio, la devoción, los tiempos y lugares de los encuentros.

Leer las estrellas. Abraham no tiene una hoja de ruta pero sabe que va en busca de la tierra prometida, los sabios de oriente siguen las cambiantes señales del

cielo, pero saben lo que buscan. Una pasión movilizadora los lleva a salir en peregrinación, un deseo, una promesa, un proyecto, un sueño. Cuando la brasa del amor por Jesús y su Reino está encendida bastan señales pequeñas para despertar la llama del gozo de la vida y mantenerse en camino. Pero a nadie se le oculta que este itinerario es largo y cansador y que son necesarios los recursos para la travesía del desierto. Para lo anterior son necesarios: los guías conocedores de la ruta o acompañantes espirituales, los sanadores o confesores, la oración y el examen cotidiano para no perder el rumbo, hacer cada día memoria agradecida y esperanzada en la eucaristía, evaluar el camino andado y mirar con confianza la ruta que se tiene por delante, en los retiros largos o ejercicios espirituales anuales.

Sentados al calor del fuego. En un contexto social y familiar cada vez más secular en el que los apoyos externos escasean, las Nuevas Generaciones buscan cultivar la certeza de la propia llamada y reafirmar las motivaciones personales intransferibles del seguimiento a Jesús. Las experiencias fundantes de encuentro con Dios en las que se reconoce con

fuerza el llamado, adquieren gran importancia, como momentos de luz y entusiasmo, que dan contenido, orientación y sostienen en el camino. Se trata de experiencias configuradoras a las que siempre se puede volver y descubrir nuevos matices, como cuando Jesús habla con Pedro a orillas del mar, cura heridas y reafirma la relación y la misión al calor del fuego. En esta continua resignificación de las propias motivaciones también se va reconfigurando el modo de vivir los votos de pobreza, castidad y obediencia. Como dice Francisco en *Gaudete et Exultate* (12): “Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él, y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él”.

Camino compartido. Los caminos carismáticos en la Vida Consagrada, si bien han tenido sus arranques muy personales, siempre se han hecho en una comunidad que comparte la mística y los ideales que mueven al grupo en la realización histórica de una inspiración, cuyo modelo de referencia es siempre, la comunidad de apóstoles y discípulos seguidores de Jesús. En la reformulación

del espíritu y la mística de la Vida Consagrada, en la reconfiguración de sus estructuras organizativas y sus opciones apostólicas, las Nuevas Generaciones buscan participación junto a los demás miembros. El compartir de la fe y de la propia experiencia con los iguales del mismo instituto y de otras comunidades religiosas se percibe muy enriquecedor, así como el intercambio de experiencias con los mayores, memoria viva de las comunidades religiosas, al igual que el diálogo con los superiores y los formadores. Como el diálogo preparatorio entre el joven Samuel y el anciano Elí, ojalá estos encuentros conduzcan a una actitud de apertura para finalmente oír lo que Dios quiere hacernos entender hoy: Habla Señor, que tu siervo escucha.

En este marco comunitario también se oye el clamor por vivir más humanamente, con más cercanía y familiaridad, ayuda solidaria, con amistad, sensibilidad al dolor y con paciencia mutua, con espacios de encuentro y diálogo, de gratuidad y juego, de humor y de fiesta. El camino de humanización necesaria, que tiene sus herramientas propias de crecimiento y sanación de heridas, no se disocia del campo de lo espiritual

y de la fe, sino que se integra en el seguimiento como aprendizaje del modo plenamente humano, libre y entregado de Jesús.

Más allá de nuestras narices. En tiempos en que las congregaciones cierran filas para sobrevivir y reformulan sus carismas para incluir a laicos y laicas que mantengan el espíritu en obras carentes de religiosos, las Nuevas Generaciones sienten el desafío de mirar por sobre el muro, más allá del propio patio, y abrirse a entrelazar carismas en experiencias de vida y misión intercongregacional, a colaborar con diferentes estamentos de la Iglesia, a cultivar un “ecumenismo *intra*-eclesial” que capacite para el ecumenismo extra-eclesial y el diálogo interreligioso.

El grito de los pobres y de la tierra. ¿Cómo hacer opciones en

favor de los pobres y del cuidado de la casa común más allá de los discursos y declaraciones? ¿Cuál es el papel de los consagrados en la transformación de las injustas estructuras sociales locales y globales? No está en cuestión para las Nuevas Generaciones el necesario involucramiento y la respuesta a las situaciones sociales y políticas injustas que atentan contra la vida de la gente y del medio ambiente. La profecía de la vida cercana a los pobres, de “los gestos y las palabras oportunas frente a los hermanos solos y desamparados” es una vía privilegiada, que está en la raíz histórica de los proyectos carismáticos evangélicos, para descubrir los caminos de novedad hacia una Vida Consagrada que tenga algo que valga la pena para ofrecer al mundo de hoy, como la levadura en la masa.